

LA BANCARROTA

Júlia Lopes de Almeida

Libros de
seda



C A P Í T U L O 1

Río de Janeiro ardía bajo el sol de diciembre, que escaldaba las piedras de las que emanaba un aliento caliente, como de horno. Toda la *rua* de São Bento, atestada de vehículos grandes y ruidosos, olía a café crudo. Era la hora de la faena.

Entre el fragor de las herraduras contra el suelo, el giro amenazador de las ruedas y los corcoveos inquietos de los animales de tiro, contenidos por manos rudas, la multitud se tostaba mientras se deslomaba sudorosa, compacta y jadeante.

Ese día había mucho movimiento delante del almacén de Francisco Teodoro. Un cochero, de pie en la carreta donde apilaba las sacas, gritaba enojado, vuelto hacia el fondo oscuro del establecimiento:

—¡Vamos! ¡Más brío! ¡Que a las once tengo que estar en el puerto!

Y los estibadores se sucedían, uno tras otro, y en un ir y venir frenético arrojaban las sacas de café al fondo de la carreta. Con cada golpe sordo se levantaba una nube de polvo que los envolvía. Unos eran blancos y llevaban el pecho velludo apenas cubierto con una camisa de algodón

sucia y arrugada; otros eran negros e iban desnudos de cintura para arriba, con el torso perlado de sudor y los ojos desorbitados. El olor del café se mezclaba con el de la transpiración de esos cuerpos agitados cuya sangre se veía palpar en las venas hinchadas del cuello y de los brazos.

Sumido en la desesperación de quien lleva mucha prisa, el carretero soltaba imprecaciones a voces, furioso, contra otros cocheros que pasaban demasiado cerca y le rozaban el lateral del remolque. Maldecía, encorvado sobre la arpillera de las sacas, mientras inspiraba, sin poder evitarlo, la polvareda que estas levantaban. Los demás carreteros respondían con igual furia otra retahíla de improperios que los cocheros de los tálburis, en esperas obligadas, oían, entre risas, con un cigarro en los labios.

Los estibadores serpenteaban entre ellos, como una hileras de hormigas, con la cabeza inclinada hacia delante por el peso de la saca, rozando con el cuerpo palpitante los flancos lustrosos de los burros.

De cuando en cuando, los transeúntes se guarecían a toda prisa dentro de una u otra puerta abierta, temerosos de acabar aplastados bajo las ruedas que invadían las aceras y que luego resbalaban con estruendo de vuelta a los adoquines de la calzada.

Aquí, allá y acullá se veían viejecitas negras, con un pañuelo blanco atado a modo de toca sobre el cabello crespo, que se afanaban por juntar a toda prisa con una escoba de piasava¹ los granos de café esparcidos por el suelo. Con la misma premura, los tamizaban luego en una pequeña palangana de hojalata agujereada con un clavo. Era su medio de vida, con el que prosperaban gracias a la abundancia de la época. Se enriquecían con los restos.

1 N. de la Trad.: Fibra de una palmera de la familia *Arecaceae*, originaria de Sudamérica, con la que se fabrican cepillos y escobas.

La calle era una marea de brazos gesticulantes, una infinidad de piernas en movimiento y una confusión de voces que se levantaban unas contra otras y cruzaban maldiciones, se reían con el mismo júbilo triunfal y gemían con el mismo esfuerzo como una suerte de orquesta ruidosa y disonante.

Excepto las africanas del café y alguna que otra italiana que se atrevía a salir de una fábrica de sacos con docenas de ellos plegados en la cabeza, ninguna mujer pisaba aquellos adoquines, habituados solo al peso de hombres rudos.

Predominaba allí el trabajo viril, la fuerza física que ejercían músculos de acero y pechos decididos a ganarse duramente la vida. Y aquellos cuerpos atléticos y aquellas voces que se alzaban con la estridencia de clarines de guerra le daban a la vieja calle el pulso que la sangre llena de vida y juventud da a una arteria, en un continuo flujo de vigor impetuoso.

Esa ola caliente ya descendía de otras calles en bocanadas jadeantes por el trabajo. Venía de la *rua dos Beneditinos* y de los almacenes de la *rua Municipal*,² abarrotados de café, y se vertía con profusión hacia los muelles y el puerto para luego, ávida, volver a llenarse.

Aquí y allá, los trabajadores buscaban el umbral de una puerta para sentarse a descansar un momento, los codos hincados en las rodillas flexionadas, mientras saboreaban la calada de un cigarrillo mirando con indiferencia a la multitud

2 N. de la Trad.: Se han conservado los nombres de las calles, iglesias y barrios del Río de Janeiro de la época. Muchos de estos lugares aún existen, como la *rua* de São Bento o la *rua dos Beneditinos*, aunque con ligeras modificaciones; otros, como la *rua Municipal*, ahora *rua Mayrink Veiga*, han sufrido grandes modificaciones o han desaparecido en las sucesivas remodelaciones de la ciudad. Se puede visitar imagineRio.org (en inglés) para recorrer el entorno urbano descrito en la novela o ver cómo ha ido evolucionando a lo largo de las décadas.

que pasaba a trompicones y empellones, abriéndose camino por la vida, inmersa en un torbellino de polvo y gritos.

De vez en cuando, algún grupo de jovencitos, en su mayoría italianos, aparecía por una esquina y recorría un trecho de acera riéndose a carcajadas y llenándose los bolsillos con el café de las ancianas negras, cuyos chillidos de protesta quedaban ahogados por el ruido denso de la calle.

Dentro de los almacenes reinaba el mismo ajeteo. En el de Francisco Teodoro no se paraba. El primer dependiente, el señor Joaquín, un hombre moreno, con el rostro marcado por la viruela, los ojos hundidos y unos pómulos prominentes, gesticulaba, en mangas de camisa, y apremiaba a los trabajadores jadeantes. En la puerta, un capataz mulato perforaba con un punzón tubular de acero y latón todas las sacas que salían para que escapara por la abertura un puñado de granos. Los estibadores apenas reducían el paso para esa operación, y el café caía de los costales, cantarín, y tintineaba por toda la entrada del almacén. Al fondo, un muchacho delgado de tez cetrina, Ribas, anotaba en un cuaderno el número de sacas que se llevaban. Lo hacía al pie de la escalera de mano por la que los hombres subían para sacarlas de lo alto de las pilas antes de marcharse corriendo con ellas a la espalda por el asfalto desgastado y ennegrecido que cubría el suelo.

Todo se hacía con la urgencia que exigía el intenso ajeteo.

Un soplo ardiente de vida, la bocanada abrasadora que exhalaban cien hombres jadeando al mismo tiempo en la fiebre de la ambición, atravesaba todo aquel gran sótano oscuro, sin ventanas, flanqueado por sacos apilados y adornado con una infinidad de telarañas que cruzaban las vigas sucias del techo entrelazándose como largas y viscosas cenefas de crepé descolorido.

Cada poco, un ruido de cascada resonaba dentro del almacén. Era el café que ensacaban en la parte trasera y que,

al caer desde las palas, desprendía un polvillo sutil y un olor penetrante.

Fuera, los latigazos cortaban el aire con chasquidos y las imprecaciones se imponían sobre la algarabía confusa, en la que las voces humanas y las ruedas de los vehículos se fundían con el estruendo de las patas de los animales.

Algunos estibadores, exhaustos, se detenían un instante a enjugarse el sudor, pero enseguida retomaban la marcha a paso ligero, espoleados por la mirada del señor Joaquín. Este iba y venía, frenético, tirándose una y otra vez de la cintura del pantalón hacia arriba, hasta la altura de unas caderas huesudas que no conseguían mantenerlo en su sitio.

—¡Vamos, vamos! ¡Más deprisa! ¡Hoy tenemos mucho que hacer! —gritaba. Era su frase de rigor.

Y, en efecto, siempre había mucho que hacer en aquella casa comercial, una de las más importantes del sector cafetero. Era como si el dinero hubiera aprendido él solito el camino hacia sus arcas y fluyese hacia ellas sin interrupción.

El almacén se comunicaba por una puertecita estrecha que había en el lado izquierdo con un pasillo y una escalera que conducían a la oficina, en el primer piso. En una sala amplia y cuadrada, con paneles de madera viejos y papel de pared barato, Senra, el tenedor de libros, hacía anotaciones, de pie ante un pequeño escritorio situado en el centro de la estancia. En otra mesa trabajaban dos asistentes: uno era un hombre mayor, Mota, de sonrisa amable y ademanes sumisos; el otro, un joven bilioso con una barba negra de cuatro pelos mal puestos en un mentón cuadrado.

Allí el trabajo era silencioso. Las plumas no se detenían, las manos casi no tenían tiempo de pasar las páginas de los libros y manosear los diversos papeles. Los hombres intercambiaban frases sin levantar los ojos de los escritos y las preguntas solo se respondían con monosílabos.

En una esquina, sobre una mesita robusta, entre una ventana y la pared, estaba la prensa de copiar; y en el otro rincón, sobre un banco alto de madera pintada, se alzaba un filtro de agua³ ya ennegrecido por el uso. A lo largo de las paredes, se disponían en filas ordenadas numerosas carpetas encuadernadas en espiral debidamente etiquetadas y repletas de cuentas, recibos y cartas por responder. Al fondo, entre el filtro de agua y el pasillo de entrada, se abría una ventana hacia la negrura del almacén, que iluminaba solo una claraboya estrecha que vertía una luz tenue.

Justo al lado, en un despacho con una ventana que daba a la calle y con la misma austeridad en el mobiliario, el propietario redactaba su correspondencia sentado con comodidad en una butaca amplia con reposabrazos. Y allí estaba, terminando una carta.

Toda su persona irradiaba la abundancia y la altivez de quien sale victorioso de una lucha tenaz. Era gordo y calvo, llevaba la barba canosa muy corta y tenía la tez clara, los ojos garzos tranquilos y los dientes blancos y pequeños. Aquellos rasgos le conferían un aire de burgués satisfecho. Aunque no era alto, cuando caminaba hacía temblar el suelo, tal era la firmeza de sus pasos.

De vez en cuando, algún empleado se acercaba a hacerle alguna pregunta a la cual respondía con paciencia, haciendo hincapié en cada cuestión y explicando todo con detalle para evitar confusiones.

Francisco Teodoro estaba sentado a su amplio escritorio de madera de perobá, ante la caja fuerte de hierro, que en ese momento tenía las cerraduras y los pestillos abiertos. El hombre había adquirido la costumbre, ya convertida en

3 N. de la Trad.: Recipiente de barro o porcelana con un pitorro en la parte inferior que se usaba para filtrar agua y almacenarla para su consumo.

manía, de revolver con una mano corta y rechoncha el dinero y las llaves que guardaba en el bolsillo derecho de los pantalones. Tal vez al comienzo de su vida, una vida marcada por el trabajo arduo y una economía precaria, aquel gesto había sido un acto intencionado y cumplía un propósito, pero ya se había convertido en un acto mecánico, desvinculado de cualquier pensamiento de avaricia o de orgullo de sus posesiones.

Después de muchas horas de trabajo febril, sin descanso, llegaba el momento de la pausa: la hora del café. Se encargaba de servirlo un joven mulato, Isidoro, que lo llevaba primero a la oficina y luego se lo bajaba a los empleados del almacén.

Los peldaños desgastados de la escalera crujían entonces bajo el peso de un comisario vecino, João Ramos, y del ensacador Lemos, ambos de la *rua dos Beneditinos*; de Negreiros, de la *rua das Violas*; y de Inocencio Braga, que se había incorporado hacía poco a aquel grupo. Siempre se reunían allí, a las dos de la tarde, para tomar el café, descansar el cuerpo y aligerar el espíritu con discusiones de su interés y agrado.

Ese día ya eran más de las dos cuando los comerciantes hicieron acto de presencia. Francisco Teodoro se levantó para recibirlos y sacudió los pies con ánimo de estirar las perneras de los pantalones.

—¡Caballeros! ¡Cuánto han tardado...! —se quejó.

—Es culpa de Lemos...

—¡Vaya, tiene usted el almacén repleto!

—¡Estoy exportando mucho café! —reconoció.

—¡Qué afortunado! ¡Aproveche el momento, que no puede ser mejor!

Corría el año 1891 y el precio del café alcanzaba picos históricos. El sector estaba en pleno auge y las pequeñas casas comerciales escalaban posiciones a pasos agigantados.

—¡Lo que más te envidio no es tu fortuna —terció Ramos, el único que se atrevía a tutear a Teodoro—, sino la mulata que te plancha las camisas!

Los demás se rieron y miraron el plastrón reluciente de la pechera blanca del dueño, que saboreaba el café con apariencia satisfecha, de pie, con el platillo bien alejado del cuerpo y sujeto solo con la punta de los dedos.

—¡No es mala esa! —murmuró con voz áspera Lemos, el comendador de la Beneficência,⁴ frunciendo la naricita, inmersa entre dos mofletes redondos como los de un niño.

Después de una carcajada general débil y desacompasada, se oyó la vocecita aflautada de Inocencio:

—Ese vecino suyo, Gama Torres, parece que se ha edificado una gran mansión de un día para otro, ¿se ha enterado? —le preguntó a Teodoro.

—¿Es verdad lo que dicen, entonces? —quiso saber el aludido.

—¡Ya lo creo que sí! —respondió Braga—. Tengo pruebas... A fin de cuentas, fui yo quien le dio la idea de emprender ese negocio...

Todas las miradas se volvieron hacia él. Inocencio Braga era un hombre bajo y delgado, con unos ojillos negros con un brillo febril y un bigote castaño fino, casi imperceptible.

—Me cuesta un poco creer en esos milagros... —reflexionó Teodoro en voz alta al tiempo que dejaba la taza en la bandeja que le acercaba Isidoro.

—Hay que tener arrestos, lo reconozco. Anticipó una subida del precio del café, llenó el almacén y esperó la ocasión perfecta. El suegro le echó una mano, por supuesto...

—No se planteó las consecuencias que podrían haberle sobrevenido si se hubiera dado una bajada.

⁴ N. de la Trad.: La Beneficência fue un hospital que se fundó en 1840 para atender a los portugueses emigrados que vivían en Río de Janeiro.

—Pero ¿quién ha dicho nada de que pueda darse una bajada?! ¡Yo solo les digo que el mercado de Río de Janeiro sería el mejor del mundo si hubiera más hombres como él! Caballeros, la fortuna bendice a los audaces. El buen comerciante no es el que trabaja como un esclavo y sigue los caminos trillados que ya recorrían sus antepasados analfabetos. Métanselo en la cabeza. El comerciante moderno utiliza más el ingenio que los brazos y amplía sus horizontes con las conquistas nobles del pensamiento y el cálculo. Torres es de esa clase. Está hecho de buena pasta, tiene carácter. Créanme, yo sé calar a los hombres.

Todos miraban a Inocencio con cierto respeto, reconociéndole su superioridad intelectual.

—Sí que tiene madera Gama Torres, sin duda —sentenció Lemos.

—¡Está destinado a ser nuestro Rothschild!⁵ —añadió Inocencio.

Teodoro frunció el ceño. Ser el mayor empresario de la ciudad, el más hábil, el más poderoso, siempre había sido su sueño...

Volvió a prestar atención a la escena que tenía ante él y les pidió a los demás que le dieran detalles de ese negocio fabuloso. El buen momento que vivían favorecía las especulaciones y él reflexionaba sobre el asunto acariciándose la barba grisácea, recortada a ras de las mejillas carnosas.

Negreiros, tras dar una vuelta por la sala y asomar su enorme narizota aguileña por la puerta de la oficina, se volvió hacia los demás y dijo en voz baja:

5 N. de la Trad.: La familia Rothschild, una dinastía europea de origen judeoalemán, fue una de las más poderosas del mundo financiero en el siglo XIX debido a su vasto imperio bancario y a sus contactos en Gobiernos y empresas internacionales. El nombre de Rothschild ha sido sinónimo de extrema riqueza en diversas culturas y obras culturales, como por ejemplo en la novela *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, o en la canción *Si yo fuera rico*, en origen *Si fuera un Rothschild* en yidis.

—¡Demonios! ¡No me acostumbro a ver a ese viejo que tiene de ayudante de tenedor de libros!

—¿Y qué quiere que le haga? —murmuró Teodoro—. Vino recomendado por Matos y al final ha resultado ser una buena adquisición. El trabajo le hace más falta que a los jóvenes y, como cumple bien con su labor, no tengo pensado sustituirlo. Es diligente.

—Abajo tiene a otro personaje de lo más peculiar, ese tal Joaquín... Nadie diría que es el mismo si lo viera en la calle. Fuera es...

—Un carnaval andante, ¿no? Y un zalamero con las damas, ¿me equivoco? —lo interrumpió Teodoro—. Que se divierta cuanto quiera, porque aquí se desempeña como nadie. Es un trabajador de primera: me da tranquilidad.

—He oído que va a casarse con Delfina de Recreio...

—¡Puras habladurías! Es un muchacho serio.

—Bueno, tonto no es —masculló Negreiros mientras buscaba su sombrero.

Inocencio también se despidió; iba a acercarse a toda prisa a donde Torres. Tenía tantas gestiones que hacer que apenas le quedaba tiempo para tomarse el café.

Cuando se marchó, los demás intercambiaron miradas inquisitivas.

—¡Este Inocencio es un espabilado...! —sentenció el comendador Lemos—. Allá donde va lleva la voz cantante. Mírenlo aquí, actuando como si fuera el director del banco. No me extrañaría que Torres hubiera actuado engatusado por él... ¡Tiene una labia!

—Y sabe arrimarse a buenos árboles. Barros le ha estado dando comisiones jugosas y no es casualidad que ahora busque tanto a Torres... Siempre se cuela en los mejores círculos. Ese no vino de Portugal como nosotros, sin equipaje y oliendo a madera de pino; llegó vestido con guantes y medias de seda... ¡El muy bribón!

—Ah, pero esos son los que acaban yéndose a pique...

—Cuando no tienen el instinto de cazador que tiene este o no se manejan con su desenvoltura... ¡Pero canta como un pájaro para atraernos!

—¡Y tiene un intelecto superior! —suspiró Ramos, que se pasó ambas manos sobre la barriga redonda para estirarse el chaleco. Luego se reclinó en el pequeño sofá de estilo Biedermeier y comenzó con su letanía de críticas sobre cómo estaban las cosas en el país: el Gobierno era débil, el pueblo indisciplinado y la ciudad mugrienta.

Esa misma mañana, al ver pasar un pelotón de soldados marchar sin ritmo ni cadencia, se había acordado de cómo recorrían las calles los soldados de su tierra natal. Los uniformes eran más bonitos, los metales más pulidos y los pasos siempre sincronizados: un, dos, un, dos. Daba gusto verlos. Aquí, en cambio, como en lo demás, todo era desorden y relajamiento. La maldita República acabaría de arruinar lo que quedaba. Ya lo verían.

Solo al final se preguntaron por la familia de cada uno.

—Por cierto —preguntó Ramos a Teodoro—, la niña que va a tocar el violín en el concierto para los pobres, ¿es tu hija?

—¿Qué concierto?

—El de mañana, en el casino. Mi señora lo leyó en el periódico...

—Puede ser... Esas cosas las lleva su madre... La pequeña tiene mucho talento, hasta el maestro está sorprendido.

—¡Y es toda una belleza! La vi hace unos días —observó Lemos.

—Bueno, bueno... —protestó Francisco Teodoro con sinceridad y cierto orgullo—. Por ahora aún no se puede comparar con su madre...

Los demás sonrieron.

—Claro, es que usted ha cazado a una mujer impresionante. ¡Este condenado es afortunado en todo!

Se produjo una pausa.

—La verdad —insistió Francisco Teodoro— es que Gama Torres se la ha jugado. Ha sido una maniobra valiente y he de reconocerles que yo no daba un duro por ese brasileño enclenque...

—Que además empezó hace dos días...

—Y parecía tímido..., acobardado...

—¡Qué va! Yo lo conocí cuando trabajaba para Leite Bastos. Siempre ha sido muy arrojado. Ya lo ven: se ha construido una mansión de un día para otro. Yo estoy con Inocencio; ese ha nacido para ser nuestro Rothschild...

—Miren —gruñó Lemos con la papada temblorosa y un brillo de codicia en los ojillos pardos—, yo quise hacer la misma operación, pero mi socio es muy miedoso y no hacía más que darme evasivas... Me decía: «Que sí, que sí, pero mejor esperar un poco...». ¡Y aquí estamos!

—¡Hizo bien, fue prudente! —observó Teodoro—. Inocencio que diga lo que quiera. Caballeros, el comercio de Río de Janeiro es honesto, no se basa en jueguecitos especulativos, y no le ha ido mal con ese sistema.

—Sí, Inocencio ve todo esto desde fuera, por eso dice lo contrario. Tacha al mundo empresarial de Río de Janeiro de ignorante y dice que lo dirigen cerdos.

—¡¿Cerdos?! —aullaron los demás, indignados.

—Lo que oyen —confirmó Ramos con solemnidad.

—¡Todo lo demás lo acepto, pero eso sí que no! —estalló desde su rincón el rollizo Lemos.

Ramos sintió que le saltaba en la lengua esta respuesta: «Está gobernado por cerdos porque los animales de la misma especie no se devoran entre sí», pero se la calló por consideración a su amigo. Reconocía que la exposición de Inocencio lo había seducido. ¡Qué talento tenía ese hombre!

—Pero, al fin y al cabo, ¿qué es lo que quiere Inocencio?
—preguntó Teodoro, ya de pie, con los brazos cruzados sobre el chaleco blanco de fustán.

—Quería... Pensaba encontrar aquí un mercado más desarrollado, con transacciones más importantes y almacenes más grandes. Dice que no hemos sabido aprovechar los buenos vientos, que solo trabajamos con el cuerpo. ¿Es que no lo ha oído?

—¿Y con qué diablos querrá que trabajemos?

—Con el intelecto. Está claro. Y lo ha explicado muy bien. Nuestro mercado lo compone gente que no ha pisado una escuela, gente venida del campo... Yo mismo he de confesar que no fui al colegio más que unos cuantos meses. ¡Me pegaron mucho y no aprendí nada!

Reinó un silencio breve en el que todos revivieron la imagen nostálgica de una escuela rudimentaria en un recodo plácido de una aldea.

—¡Que vengan aquí esos doctores con sus teorías y modernismos, ya veremos el descalabro que acaban provocando! —concluyó Teodoro tras un suspiro.

Los demás se miraron entre sí. La verdad era que todos compartían un soberano desdén por los intelectuales, de ahí las sonrisitas cargadas de significado.

Siguieron charlando un poco más sobre tipos de cambio de divisas, transacciones bursátiles y otras cuestiones que habían leído en el *Jornal*⁶ de ese mismo día. Después de un cuarto de hora que se les pasó volando, se marcharon hablando en voz muy alta y comentando que la casa olía a dinero.

6 N. de la Trad.: Es probable que se trate del *Jornal do Comércio*, que se fundó en Río de Janeiro en 1824 con el nombre *Diário Mercantil* y se rebautizó en 1827. Hasta su cierre en 2016, debido a los efectos de la crisis económica brasileña de 2014, fue el periódico más antiguo en circulación en América Latina, con 189 años de historia.

Francisco Teodoro fue a hacer su recorrido por el almacén. Al verlo abajo, el señor Joaquín acudió de inmediato. Se limpió con la lengua el bigote manchado de café antes de darle el parte.

—Estamos esperando el café de Simas. La carreta ya está cerca, pero se ha quedado atrapada entre los grandes carros de Gama Torres. Es un despropósito la cantidad de café que ha acumulado ese almacén.

—Ya estoy al tanto... Bueno, ¿has enviado las cuentas arriba?

Su interlocutor trató de disimular un gesto de fastidio y se limitó a responder:

—Sí, señor. —Luego se volvió hacia el fondo y gritó—: ¡Ribas!

Este se cruzó con Francisco Teodoro, que prosiguió su recorrido hasta la parte trasera para ver cómo ensacaban el café.

Los trabajadores del almacén sentían aversión por los de la oficina, pues estos hacían valer sus servicios despreciando los de los demás. El señor Joaquín se tenía por el mejor empleado del almacén y le gustaba hacer notar sus altos estándares. Los dependientes lo temían, pero el personal de arriba lo trataba con una superioridad que él no perdonaba.

El viejo Mota, ayudante del contable, era el único que aún le dispensaba amabilidades y cortesías, pero incluso en eso el señor Joaquín veía una intención oculta disfrazada de adulación. Sin duda, el viejo solo pensaba en imponerle un matrimonio a su hija, que se marchitaba, a sus treinta años, en una casita de dos plantas de la *rua* Funda.

Francisco Teodoro se quedó unos minutos viendo cómo ensacaban el café. Le recordó los días de la esclavitud, cuando ese trabajo lo hacían en exclusiva los negros de nación⁷ con

⁷ N. de la Trad.: Esta expresión designaba a las personas esclavizadas traídas de territorios africanos.

sus tristes cantinelas africanas. Era más hermoso entonces. Las palas iban y venían con una canción de fondo que tenía un compás bien marcado, siempre acompañado de las voces: «¡Eh!, ¡eh!, ¡eh, ¡eh!».

¡Y ahora apenas se veían trabajadores negros ensacando café! ¡Y todavía había quien pensaba que las cosas cambiaban despacio!

Los granos de café rodaban por el suelo como cuentas de cemento y en ese ambiente tan cargado era casi imposible respirar. Francisco Teodoro volvió sobre sus pasos. La carreta ya estaba en la puerta y los estibadores corrían, afanosos, de un lado a otro. Iba a subir cuando lo abordó Neves, el dueño de unos almacenes en los muelles, quien, al verlo desde la calle, decidió entrar para ver si podía ampliar su clientela.

—¡Ahora mismo vengo de ver a su vecino, Gama Torres, que me ha estado mandando una cantidad asombrosa de sacas al almacén! —apuntó para animarlo.

El bullicio del almacén interrumpía la conversación continuamente. Francisco Teodoro apenas le respondía. Tenía la cabeza en otra parte.

Pensaba en Gama Torres, del cual todo el mundo le hablaba con elogios y palabras de admiración. «Está destinado a ser el mayor empresario del mercado cafetero», le había dicho Inocencio; e Inocencio era un hombre de buen olfato, que nunca erraba en sus predicciones... Pero ese papel, de financiero y comerciante poderoso entre los más poderosos, había sido el ideal con el que había soñado Teodoro durante toda su larga vida de trabajo, abnegación y amargura. ¿Acaso era justo que ese advenedizo, en un abrir y cerrar de ojos, hubiera erigido un edificio más alto y glorioso que el suyo, que estaba cimentado en lágrimas, sacrificios y muchos años de dedicación y entrega?

Francisco Teodoro se despidió de Neves sin hacerle mucho caso, estrechándole la mano con desgana, y subió a la

oficina. En la escalera se encontró con Isidoro, el mulato, que llevaba una escoba en la mano.

—¡Cuidado! —le advirtió—. No me vayas a quitar las telarañas del almacén...

—¡No, señor! Ya sé que eso trae suerte...⁸

Francisco Teodoro se detuvo un momento en la oficina y luego entró en su despacho.

Fuera, el sol enrojecía las fachadas feas y desiguales de los edificios colindantes. Las viejas paredes repintadas o con la cal resquebrajada guardaban sus secretos y fortunas. Un hálito ardiente de verano flotaba por toda la calle bulliciosa.

Los almacenes, por las bocas negras de sus puertas abiertas de par en par, seguían vomitando sacas y más sacas de café que los trenes y las carretas llevaban con el estruendo de las ruedas y el fragor de los hierros hacia Prainha y Saúde. En su trayecto hacia esas calles de la zona portuaria, levantaban del suelo pisoteado nubes de polvo que flotaban en el aire lanzando destellos de oro.

8 N. de la Trad.: A finales del siglo xix y principios del siglo xx, las continuas fluctuaciones del mercado brasileño del café crearon un clima de incertidumbre propicio para toda suerte de supersticiones. Entre otras creencias, los empresarios y trabajadores del sector creían que las telarañas en los almacenes simbolizaban la prosperidad, la estabilidad y la buena suerte en los negocios. Además de atrapar a insectos que podrían dañar los granos, simbolizaban la presencia de un espíritu protector en forma de araña.